

PREGÓN DE LA PURA Y LIMPIA

6 de diciembre de 2005

¡Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan!

Comencemos poniéndonos en manos de La Virgen Inmaculada para que desde el cielo rece por nosotros, para que así como Ella asistió al nacimiento de la Iglesia, asista también y nos acompañe maternalmente en esta Solemnidad de su Inmaculada Concepción. Este pregón quiere ser invitación a una peregrinación al corazón de Dios que simbólicamente queremos reiniciar en estas vísperas de la gran fiesta de la Santísima Virgen, al encuentro una vez más del amor del Padre, bajo la guía del Espíritu del Señor que siempre nos saca de nuestros atajos y nos pone en el camino. Obedientes como los apóstoles a la invitación, al mandato del Maestro: "Remad mar adentro". Para poder responderle estos días y todos los días de nuestra vida con su fuerza y nuestras ganas: "En tu palabra podemos".

En la oración y el silencio, donde el buen Dios gusta revelarse, le escucharemos y escucharemos en una inmensa gama de silencios y experiencias las palabras que han revolucionado nuestra existencia: "Te amo", "Te he elegido porque te he amado", "Con amor eterno te amé..."

Demasiado contagiados de eficacias, de estadísticas y hasta de un cierto marketing, hoy queremos que el Señor una vez más nos libere y dejarle que nos hable al corazón, que tome posesión de nuestros sentidos, de toda esa maravillosa complejidad que es nuestra existencia.

Superando infantilismos y soberbias, a veces teñidas de humildad, de que todo lo que viene de "los que mandan" es "a priori" no asumible, yo os invito a que nuestra oración de este día sea muy eclesial, muy en sintonía con nuestra Iglesia de Málaga y con la Iglesia universal.

Cristo es la gran noticia. Él es nuestro Evangelio. Al hacer profesión de fe en su Encarnación redentora necesariamente el credo cristiano introduce a María como un elemento determinante de esa fe. Nunca se profesó el hecho desnudo de la Encarnación sin la mención de María: "Y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre". Así reza el Credo.

María vivió con plena dedicación a Jesucristo, a quien Ella reconoce como Hijo del Altísimo, como Mesías (Cf. Lucas 1, 32). La Iglesia, a semejanza de María, tiene clara conciencia de que Jesucristo es el Hijo Eterno de Dios que al hacerse hombre en el seno de María es salvación para todo hombre.

Nuestra época se caracteriza por un espeso silencio social en torno a Dios y Jesucristo. El pudor religioso, el temor a invadir la intimidad, la misma debilidad de nuestra experiencia creyente, crean una infranqueable "zona de silencio". En nuestro mundo occidental es menos difícil, como nos decía recientemente Monseñor Uriarte, "practicar la caridad que anunciar la fe".

Hagamos un salmo con la propia vida, con lo grande y lo pequeño, y entre estrofa y estrofa de nuestro salmo existencial, como antifona, la del salmo 117: "Porque es eterna su misericordia".

Cada día venimos con esperanza al altar en el que reina maternalmente la Virgen de los Dolores. Desde el altar al que cada día peregrinamos Ella muestra a sus hijos, a la Iglesia: el Evangelio de la vida, hecho carne redentora en su Hijo Jesucristo. Venimos a su altar cansados y esperanzados, con todo lo que somos y tenemos, con la seguridad de que ni en el aire huracanado, ni en el terremoto, ni en el fuego impetuoso, sino en la brisa suave como a Elías nos hablará y nos reconstruirá el Señor.

Ojalá pudiéramos responder como otro profeta a la pregunta de qué es lo que nos trae hasta este altar y responder con humildad, pero con fuerza: "me trae la pasión por mi Dios".

Cantad las maravillas de Dios. Seamos música de Dios para esta tierra, para este mundo demasiado ruidoso a veces. Música de Dios, del Dios de la ternura y la armonía, del Dios de la misericordia y la alegría, música de Dios en las miradas sorprendidas y tiernas de nuestros niños, en los gestos incomprensibles de los adolescentes, en las letras con garra de nuestros jóvenes, en la canción amorosa y cómplice de los esposos, en los ritmos suaves y clásicos de nuestros ancianos, en los silencios armoniosos de los consagrados.

Cantad cánticos de Sión en esta tierra extranjera, pero sagrada, porque Dios la ha pisado y la sigue pisando. No colgad vuestras cítaras en gestos de desesperanza y fracaso en las ramas del camino. Cantad y contad el amor de Dios a los hombres y mujeres que la habitan y peregrinan con nosotros al santuario de la victoria de Dios. Hacedlo sin sospechas, sin recelos, sin falsos pudores, sin complejos, sin paralizantes miedos.

Aportemos cada uno las notas originales de nuestra partitura a la gran sinfonía del Dios de la vida desde nuestra humilde orquesta que es la Iglesia.

Que la Virgen Inmaculada que cantó como nadie las maravillas de Dios nos ayude y nos regale un buen tono de comunión, agradecimiento y compromiso evangelizador a esta humilde orquesta de nuestra Iglesia de Málaga que quiere con todos sus hijos cantar con armonía como Ella y con Ella las maravillas del Señor.

La alegría no sería completa si la mirada no se dirigiera a aquella que, obedeciendo totalmente al Padre, engendró para nosotros en la carne al Hijo de Dios. Carne glorificada que comulgamos y compartimos en cada Eucaristía.

En Belén a María se le cumplieron los días del alumbramiento, y llena del Espíritu Santo dio a luz al primogénito de la nueva creación. Llamada a ser la madre de Dios. María vivió plenamente su maternidad desde el día de la concepción virginal culminándola en el calvario a los pies de la cruz. Allí, por un don admirable de Cristo, se convirtió también en madre de la Iglesia.

- María nos ofrece un modelo práctico de identificación.
- También en el cielo reza por nosotros.
- Todo grupo humano tiene sus personajes representativos. Nosotros, la comunidad de Jesucristo, también tenemos los nuestros, son los santos. Y entre los santos: la Santísima.
María intercede por nosotros y es modelo de identificación cristiana.
- Contemplemos esta mañana la humanidad de María.
- Su fe confiada.
- Su eclesialidad solidaria y
- Su espiritualidad transformadora.

Y todo eso lo rezaremos después en un poema de artesanía: el Magnificat.

Su humanidad

Su madurez humana gira alrededor de su maternidad y su feminidad.

La maternidad recogida en el Evangelio de San Mateo y con más detalles en el de San Lucas (Mt. 1, 18. Lc. 2, 1 ss) Es una maternidad sin antojos, en la que Ella, la bendita entre las mujeres, la feliz por su fe, no se olvida de servir. Será justamente en un contexto de servicio donde rece el Magnificat. María no separa, porque es absolutamente inseparable, la espiritualidad del compromiso de vida nueva que la acción del Espíritu provoca.

Esta actitud de servicio, de fuente pública donde todos pueden ir a beber, es un constante en toda su existencia. aparece, como bien sabéis, pocas veces en los evangelios, pero siempre en su sitio, en el único sitio donde el discípulo, la criatura, puede en verdad instalarse: en el servicio que brota del amor.

Un servicio responsable que le hace buscar y cuidar de su hijo, hijo de Dios pero hijo suyo. Todo de Dios y humano, muy humano, en la fragilidad y en el desamparo de un niño.

Huirá a Egipto para protegerle y lo buscará varios días hasta encontrarle y recuperarle en el templo.

María también sabe disfrutar, goza y se alegra con las alegrías de sus vecinos y sus paisanos. Y en las bodas de Caná el disfrutar de la fiesta no le hará perder de vista al hombre. Adelantará por unos instantes la hora del Hijo para que no se agüe la fiesta. Será curiosamente un agua nueva, la que brota y salta hasta la vida eterna, la que la samaritana cambiará por la que desde siempre sacaba del pozo de Jacob, la que ofrecieron y anunciaron para el futuro los profetas. la que fluye del costado de Cristo. Justamente ese agua es la que María conquista de su Hijo, para que la fiesta de las bodas sea la mejor de las fiestas conocidas.

Santa María de la normalidad de cada día y de todos los días. María en Nazaret acompañando, cuidando, educando y velando el crecimiento de Jesús. Se trasluce esa buenísima educación que recibió y aquilató en el hogar de Nazaret.

Acompañará solícita los pasos del Señor. Madura y fiel en toda situación. Sin rajarse nunca. También al pie de la Cruz (Jn. 19, 25).

Una humanidad la de María: discreta, sencilla, señorial.

La fe de María

La humanidad la hizo madre, la fe la hizo madre de Dios. Con ser grande el milagro de traer y alumbrar vidas no deja de ser un hecho, aunque impresionante y bello, un hecho biológico. Su naturaleza humana posibilita la maternidad, pero es la fe la que la hizo madre del Salvador.

En la anunciación la pregunta que hace al mensajero, al ángel Gabriel, no es duda de Dios. Sabe que será, pero no sabe cómo será. "¿Cómo será esto?" (Lc. 1, 26).

Desde este texto, desde esta actitud de María, si os cuesta confiar en Dios, si en muchos momentos no acabamos de entender los ¿por qué?, si nos cuesta confiar en el Señor, quedémosnos con María aquí. "¡Qué se haga tu voluntad!".

La confianza de María en el Dios de las maravillas y en las maravillas de Dios. La expresa en su estilo de oración. Una oración que ayuda a descubrir los proyectos y las huellas del Creador en todos y cada uno de los acontecimientos de la vida. Por eso María "conservaba esas cosas en su corazón" (Lc. 1,5).

La fe que se hace fidelidad. Es fiel en la propuesta desconcertante de Dios en la anunciación. Es fiel en la cotidianidad y permanece fiel en el momento clave de la cruz. Sin ver todavía la luz de la Resurrección. María cree y al igual que "los ojos de los esclavos están fijos en las manos de sus señores, Ella pondrá los suyos en el Señor, esperando su misericordia" (Salmo).

La eclesialidad de María

Su madurez solidaria. María en maravilloso equilibrio tiene intimidad y relación.

Participa y está activamente en el nacimiento de la Iglesia. Es revelador y providencial que los padres reunidos en el Concilio Vaticano II no hicieran un documento particular dedicado a la Santísima Virgen, sino que la incluyeran en el capítulo VIII de la Lumen Gentium, en la Constitución sobre la Iglesia. María nos enseña práctica y maravillosamente cómo tenemos que vivir los discípulos, cómo tiene que ser un cristiano.

Y María en la plenitud de la Iglesia. María la primera redimida por Cristo (Ap. 21,2) vencerá como anticipo que nos llena y nos inunda de esperanza a la bestia. La humanidad redimida por la sangre del Redentor alcanza por sus méritos esa fuerza que vence al mal y a su príncipe en este mundo.

María en la cotidianidad de la Iglesia. María Inmaculada invitando, Ella la llena de Gracia, la concebida sin pecado original, invitando y animando a la Iglesia a la transparencia, a "jugar siempre limpio", a que resplandezca la Gracia y el tesoro a pesar de la fragilidad y la pobreza de la vasija de barro donde el tesoro se ofrece.

María asumpta al cielo. Anticipo de la victoria total: la persona humana íntegramente será salvada y lo que para nosotros es anuncio y esperanza en Ella es realidad total. Con Ella y como Ella todos los hijos de Eva superaremos la condición de desterrados en este valle de lágrimas para alcanzar como hijos de Dios e hijos de María la condición de peregrinos a la morada de Dios con los hombres, a recibir el título de ciudadanos del cielo, moradores de la casa de Dios.

La espiritualidad de María

Es la síntesis de su madurez humana, su fe y su eclesialidad.

Espiritualidad manifestada en una profunda unidad, en una incomparable integración anímica.

Y entre sus cualidades:

- La sencillez y la discreción.
- La confianza en Dios.
- El amor a la persona.
- El sentido solidario.

Por eso la bienaventuranza de María, por eso su oración es perfecta.

Reza no separando la oración de la práctica. Sirve-reza y sigue sirviendo.

Comienza su oración hecha himno con una alabanza a Dios: "Engrandecer a Dios y alegrarse van siempre juntos". No olvidéis que la gloria de Dios somos nosotros. Más gloria cuanto más nos fiamos, cuanto mejor funcionamos.

¿Por qué María alaba al Señor y se alegra?

Porque experimenta, constata en su propia vida, lo que Dios ha hecho con Ella. Demostración tangible de la santidad de Dios. Él es "el Santo".

Y además, ¡qué maravilla!, esto no sólo para Ella, sino para todos: "Su misericordia de generación en generación".

¿Cuáles son esos signos claros de la santidad, de la belleza, de la misericordia y grandeza de Dios?

- Dispersa a los soberbios.
- Derriba a los poderosos.
- Colma de bienes a los hambrientos y a los ricos los despide sin nada.

Sí hermanos, Dios es igualmente misericordioso con nosotros. Cuando nos derriba de nuestros poderes es cuando nos alza de nuestras miserias.

Y esto además será la clave de la Iglesia: "Como lo había prometido en favor de Abraham y su descendencia para siempre".

La oración de María es modelo de identificación de nuestra oración cristiana.

Algunas conclusiones

- Dejar que el amor de Dios actúe en nuestras vidas. Dejarle la iniciativa amorosa a Dios.
- La historia no ha comenzado ni termina con nosotros.
- Miramos y valoremos, trabajemos y evangelicemos en este momento histórico sin absolutizarlo, tal y como es. Es en este momento en el que se nos ofrece la salvación del Señor y donde nosotros, desde Él y con Él, la ofrecemos.
- No enviemos desde la desesperanza la pobre barca a paseo, ni busquemos cómodos y falsos transatlánticos para cruzar el casi siempre alborotado "lago de Galilea" de la historia, sino volvamos a Jesús. Escuchemos a María que nos lo ofrece y nos dice: "Haced lo que Él os diga" (Jn. 2)

Aprendamos de María a contemplar con gratitud y alegría las maravillas del Creador y su creación y en las horas bajas de nuestra peregrinación existencial y solidaria recemos: "¿Todo esto, Señor, lo has hecho para mí? ¿Qué puedo hacer yo a cambio? ¡Aquí está mi vida! ¡Tómala como es!"

Tenemos que alegrarnos y hacer fiesta. Hoy, todos estos días y el resto de días de nuestra vida celebramos y celebraremos la misericordia de Dios.

Al alegrarnos con María, la Virgen Inmaculada, recordemos "que no hay por qué avergonzarse de ser feliz. Habría que avergonzarse de ser feliz a solas".

Anunciemos y vivamos el Jubileo de la salvación; hagámosno con María receptivos a la alegría del Evangelio, procuremos difundirla entre los habitantes de esta tierra y defendámosla contra todos sus detractores.

Santa María Virgen Inmaculada, puerta del cielo y causa de nuestra alegría, que los discípulos tratemos a tu Hijo hecho Eucaristía como tú lo tratabas:

"Bajo tu amparo nos acogemos Santa Madre de Dios, no desoigas las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, libranos siempre de todo peligro, ¡oh Virgen gloriosa y bendita!".